

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Presas todavía del dolor, producto de la tragedia que ha embarcado a México a partir del día 19 de septiembre de 1985, ponemos manos a la obra con el propósito de escribirte estas humildes líneas.

Puedes creérselo, enfrentamos la pesadez de quien no puede relacionar dos renglones. La causa de ello ha quedado dicha, el sentimiento de pesar debido a la tragedia sísmica, entorpece la mente, suspende el ánimo; también, por ser el instrumento de la escritura una vieja máquina, los dedos mismos, de suyo inobedientes a los dictados de la sintaxis y en esta ocasión más.

Huela la sangre preguntar a los conocidos cómo enfrentaron el terremoto. Casi sin excepción tienen algo de qué dolerse y en muchos casos de qué llorar. Los gestos de antaño, simples y confiados, ahora son propiedad de semblantes perpetrados por la melancolía, suscripción del dolor más pungente.

Y no valen los alivios que suelen propiciar los clásicos merced a lecturas detenidas. Estos, más bien, hacen sonar sus voces en una lejanía expresada tal vez por la indiferencia, lejanía en la cual se revela en todo su aparato repelente la retórica. El dolor siempre habrá de superar la palabra y esto tal vez sea su virtud, porque el día que la literatura suplante con artificios o sin ellos a la realidad, ese día la condición del hombre vendrá por tierra.

Sin embargo, nos consta que una palabra dicha o leída a tiempo aquí, allá, en cualquier cercanía, si es de cariño y fraternidad, siempre habrá de sonar en busca del eco fraternal. Y por dicho motivo, lector apreciado, nosotros escribimos estos renglones en la seguridad de que pese a la fáfara que producen, en el fondo se ven animados por el sincero deseo de buscar compañía, hoy, a pocos días de consumada la tragedia.

Alguien me hacía observar que Plinio el Viejo al describir la naturaleza física del hombre, señala una buena cantidad de deficiencias, en grados que más produce lástima que orgullo. Viene desnudo a la tierra y se marcha igual. Los otros animales lo superan. Este trae sobre sí el caparazón, aquél la pluma, el de más allá la piel vellosa, en fin, cada uno y todos los brutos y los que lo son menos llegan a la tierra protegidos con el favor de natura. ¿Y el hombre qué? Plinio dice que aprende a sonreír pasado un buen trecho, y que el llanto, en cambio, le es connatural desde el primer instante.

Algo similar a lo dicho, querido nuestro, dieron en la flor de decirlo los profetas bíblicos. Isaías, Job, el salmista David. Y claro, porque ello es claro, el hombre tiene un espíritu, reconozcámoslo, superior al de los animales' y mediante su ejercicio supera las desventajas que la naturaleza le pone por delante.

Y ese mismo espíritu se torna contra él, ¿no lo crees? Debido a su ejercicio toma conciencia a fondo de sus dolores, más aún de los que no afligen al cuerpo. Ocurre esto en grados superiores. Tan superiores que la toma de conciencia del dolor en su mayor causa, deviene en tragedia, vale decir, universalidad del padecimiento y su falta de consuelo.

Cicerón en muchas de sus cartas se ocupó en presentar al hombre en la circunstancia de vivir para la gloria, la razón de estado y el dolor; pero quien más y mejor llegó al venero del conocimiento ascético del padecimiento puesto como condición de ser para el mundo, lo fue nuestro padre Séneca. Nunca le impuso a su pensamiento otra condición que aceptar lo trágico como término puesto al medio de la vida; por ello y esto así, lo trágico rige los pasos y todo cuanto es propio de las metas humanas; no solamente las metas, también las circunstancias que caminan tomadas las manos con los hechos.

¿Lo has notado ya, lector amigo?, la fluidez nos falla, la claridad se hace opaca y el avance en estas letras es deficiencia; debemos reconocer con Miguel de Eyquem, señor de Montaigne, que nunca estamos concentrados en nosotros mismos; siempre permanecemos más allá; el temor, el deseo, la esperanza, nos empujan hacia lo venidero y nos alejan de la consideración de los hechos actuales para llevarnos a reflexionar sobre lo que acontecerá, a veces hasta después de nuestra vida.

Dice Montaigne que para realizar nuestro deber, el primer cuidado es conocer lo que realmente es y lo que mejor se acomoda a cada uno; el que se conoce no se interesa por aquello en que nada le va ni le viene; profesa la estimación de sí mismo antes que la de ninguna otra cosa, y rechaza los quehaceres superfluos y los pensamientos y propósitos baldíos. Esto poco más o menos dice el ensayista francés para diferir la preocupación de quienes a esta hora vivimos la vivencia de la tragedia.

Y así, cuando consideramos la firmeza que alguien mostró en la hora de su muerte, que es, sin duda, la más notable acción de la vida humana, preciso es tener en cuenta que difícilmente creemos, encontrarnos en tan supremo momento; pocos mueren convencidos, de que en verdad llegó su última hora.

Esto y más aprendimos en Montaigne y hallamos que sus parámetros para medir el infortunio caen en la cuna de Séneca el filósofo, quien hubo de decirnos en declaración siempre repetida ...

Te has encontrado en un género penoso de vida sin que sea tu culpa, y las desgracias personales o públicas, te han impuesto un yugo que no puedes romper. Piensa entonces que los que están encadenados tienen la pena de sufrir las cadenas, pero una vez que renunciaron al furor impotente y tomaron la resolución de sufrir con paciencia su infortunio, sienten más valor para soportarlo y la desgracia se toma más suave. Se pueden encontrar, en todas las situaciones de la vida, motivos de agrado, compensaciones y placeres, a menos que no quieras complacerte en la vida miserable, en lugar de hacerla digna de ser envidiada...

El temple de ánimo corre aquí su mejor suerte, y llega a las superficies sin fondo, si puede decirse así, del I Ching, El libro de las mutaciones, tan bien visto y develado por el psicoanalista Jung, quien traduce la tranquilidad filosófica por modestia, la condición moral más alta en el lúcido paraíso terrenal del taoísmo.

Pero no se piense que todos aceptan sin más el senequismo, en grados que oscilan entre Montaigne y Francisco de Medrano y Francisco de Quevedo. Otros hay que como Iuan de la Bruyère fulminan así ...

... El estoicismo es un juego de espíritu semejante a la República de Platón. Los estoicos fingieron que era posible reírse en la pobreza, ser insensible a las injurias, a la ingratitud, a la pérdida de los bienes, de los parientes y de los amigos; mirar la muerte con frialdad y como una cosa indiferente que no debía alegrar ni entristecer; no ser vencido por el placer ni por el dolor; sentir el acero y el fuego en cualquier parte del cuerpo sin dar un suspiro ni verter una lágrima, a este fantasma de virtud y de constancia han querido llamar sabio. Dejaron al hombre todos los defectos que le hallaron, y apenas han corregido sus flacos: en vez de hacer de sus vicios pinturas horrorosas o ridículas para corregirlo, le han trazado la idea de una perfección y un heroísmo de que no es capaz y le han exhortado a lo imposible. Así, pues, este sabio imaginario se halla naturalmente y por sí mismo sobrepuesto a todos los acontecimientos y los males; ni la gota más dolorosa ni el cólico más violento serían capaces de arrancarle un quejido: el cielo y la tierra pueden desplomarse sin arrastrarlo en su caída, pues permanecería firme sobre las ruinas del universo; mientras el hombre que en realidad existe se pone fuera de sí, grita, se desespera, pierde el resuello y echa fuego por los ojos, por la pérdida de un perro o de una porcelana que se hace pedazos.

Agradecemos siempre a los franceses, el predominio de lo razonable. Si ellos no lo ejercieran, ¿cómo explicar entonces la comparación filosófica y científica de Descartes y Pascal, y más tarde Poincaré y Sartre? De los nombrados, todos a una entendieron al hombre y al mismo tiempo fueron sabios sin excederse hacia un heroísmo, ¿lo es?, que deshumaniza la condición humana.

Has de verlo lector, los pasos ni un solo momento nos han apartado del recuerdo, muy grande, del desastrosísimo del día 19 de septiembre, y asimismo de los caminos que llevan a los autores que, a su manera, al prestar su concurso en el campo de la sabiduría, dan alivios para que podamos sobrellevar las desgracias.

Queremos manifestarte, lector, que quizás derivaríamos en la frivolidad si no recordáramos al pronto el magisterio de Schopenhauer, sabio inductor de la sabiduría a los campos del padecimiento, sobre todo cuando reconoce que únicamente el dolor es positivo, que la existencia es cadena de tormentos, que la nada debe imponerse a la vida; que el objeto de la filosofía, al contrario de lo que afirmó el desdichado Boecio, no es consolar; que el optimismo de Leibniz a quien tanto vapuleó Voltaire (¿personaje escapado de una comedia de Moliere?) es insostenible. El Schopenhauer, pues, que glosa el pecado original como prescripción ineludible para cumplir una penitencia irredimible en el mundo. Y al recordarlo, decimos con él, querido

lector, que. . .

Si carece de inmediato objeto el dolor, es posible decir que nuestra existencia carece de razón de ser en el mundo. Porque, es absurdo que el dolor sin fin, que nace de la miseria inherente a la vida y llena el mundo, no sea sino un mero accidente y no el fin mismo. Cada desgracia especial parece, esto es así, una excepción; pero la desgracia general es la regla.

... Todo lo que se levante ante nuestra voluntad, todo lo que se opone a ella o la resiste, es decir, todo lo que hay de desagradable o doloroso, lo sentimos al punto, y en manera muy clara. No paramos mientes en la salud general de nuestro cuerpo, sino sólo en el punto ligero en que el zapato nos aprieta; no apreciamos el conjunto próspero de nuestros negocios, pensamos solamente en una minucia insignificante que nos apena. Negativos, pues, son el bienestar y la dicha; sólo el dolor es positivo.

Llamar pesimista al maestro Schopenhauer propiciaría un recorrido sin fin por la conversación plana: feliz invento de los poetas Rubén Bonifaz Nuño, Ernesto Mejía Sánchez y Augusto Monterroso. Y ya que de contemporáneos inmediatos se trata, queridísimo lector, avezado a vernos ir de un lado a otro como arco de violín al seguir las incidencias temáticas de una partitura serial, hemos de confrontar al maestro alemán, hombre de tantos títulos, para nosotros apreciables en particular por sus sabias lecturas del Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, con el poeta César Vallejo, quien da en sus Poemas en prosa, una visión del dolor y del hombre que escapan a una inmediata clasificación. ¿Te gustaría leerla o recordarla? Su título es “Voy a hablar de la esperanza”.

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente. Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. Qué sería la causa? Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos nuestros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubiera cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual.

Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado! Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochececer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

“Hoy sufro solamente”“, remata César Vallejo su patetismo humilde frente a la vida sin fin. Y cómo duele saberlo por él y luego experimentarlo a la luz de los acontecimientos que han enlutado a México. Y, en efecto, Vallejo con otro tono de la filosofía habla de la esperanza que impone el sufrimiento en su derrotero que lleva hacia la vida. Sin él el hecho visible de existir no tendría otra explicación que ser acumulación de sucesos faustos e infaustos sin el sedimento de la pasión.

La pasión de la vida, de la muerte, de la poesía como práctica social y lucha; es decir, la pasión de César Vallejo por las cosas de la totalidad. Y cuántas páginas desveladas por Miguel de Unamuno consume el poeta peruano. Cada quien, después de tomar el camino que le corresponde, llega a la ingente meta de que la vida es un sentimiento trágico pero no injusto ni rotado por una filosofía de la desesperación sin causa. Para el caso vale decir que la tragedia no es propia porque (lo dijo también el clásico), el delito mayor del hombre es haber nacido.

No quisiéramos abrumarte más. Tu tiempo es valioso y hoy necesitas otras distracciones que no sean recalar en el tema del dolor producido por la tragedia del día 19 de septiembre. No quisiéramos sino mencionar de lejos a María Zambrano, distinguida alumna de José Ortega y Gasset, autora de Diálogos con el dolor. Ella mediante diversas proposiciones apasionadas pero no menos lógicas, halla el fondo justo de equilibrio de la vida humana. El hecho de espigar este libro habrá de ser tema nuestro en lo futuro.

No quisiéramos, en efecto, pero algo nos dice que escuchar a Plinio el Viejo (23-79 d. J. C.), nacido en Como bajo el reinado de Tiberio, no vendría mal si se trata, como es el caso, de una cita de la más alta ilustración. ¿Deseas leerla, amigo nuestro?

He aquí el cuadro del mundo en el que están comprendidos los mares, las tierras, las naciones, las islas, las ciudades notables. Ninguna de estas partes ofrece más interés para la contemplación que la naturaleza de los animales, si es que el talento humano puede abarcar la totalidad. Es justo comenzar por el hombre, por quien la naturaleza parece tener predilección. Sin embargo, caro le hace pagar sus dones, y así no se sabe si ella es para él una hermana, una madre o una madrastra injusta. Por de pronto sólo a él le obliga a cubrirse con ropas extrañas, en tanto que a los animales les da conchas, caparazones, cueros, púas, pieles, sierras, crines, plumas, escamas y pelo. Los mismos árboles están provistos para resguardarse del calor y del frío, de una cubierta que a veces es doble. Pero el hombre nace desnudo sobre una tierra también desnuda, y al venir al mundo queda entregado a los gritos y al llanto. El es el único que vierte tantas lágrimas como aire respira. La risa ¡ay! aun en los más precoces, no aparece hasta pasados cuarenta días. Al doloroso ensayo que hace de la luz, suceden los embotamientos de sus miembros de los que están libres los brutos. Nace llorando el que ha de mandar a los otros animales. Comienza su vida con suplicios, por el solo delito de haber nacido...

Y en las palabras de Plinio el Viejo queda todo, querido lector. No hace caso el seguirle. Las citas podrían ser, son, infinitas. Donde haya uno de poner los ojos las hallarás. Nadie escapa al vicio de decir y decir cosas sobre un mismo tema. Se trata de una música más variaciones que melodía para contento de quienes sobrevaloran el arte de la fuga sin medida. Citar es cosa de nunca acabar. Cita el pobre, cita el rico y el mediano. Nadie escapa sin una cita por querida o esposa. Es de todas las féminas la más complaciente pero asimismo la menos fiel. Nadie que confíe en la cordura debe basar la sabiduría en ellas, así se trate del mismísimo Montaigne quien, en el arte de citar no tiene igual. Así, pues, es la cosa puesta en punto de aspirar a mitigar los dolores productos de uno solo: la tragedia que ejemplificaron los furores ciegos de la naturaleza enloquecida merced al sismo del día 19 de septiembre.

Ya en otra ocasión quizá hayamos de volver al asunto y recordaremos cómo el primer periódico que se editó en América hubo de referirse a un desastre similar ocurrido en Guatemala en el siglo XVIII, y en esa ocasión nuestra participación será más discreta, alejada de citas y otros engorros propios de quienes a veces se impiden a sí mismos nadar solos.

Al llegar aquí, hemos de poner punto final. No hacerlo sería indiscreción, pecado el cual fue considerado por los más señeros clásicos de los siglos de oro, el menos celebrado si no el menos grato. En honor de ellos siempre vigilantes, te decimos adiós con la profunda nostalgia de quien quisiera invertir, siempre, sus mejores horas y sus mejores pensamientos en el acto de servirte, así sea con las deficiencias que nunca le permiten caminar con la soltura que en el caso sería, es, de desearse.

Sin más, recibe las expresiones de aprecio de quien tanto te respeta y quiere.